

El geocríticismo. Caminos críticos de la spatiality literaria (I)

Geocriticism. Critical paths of spatial literary studies

Marcos A. Blonda Fondeur

Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra
avilesblonda@gmail.com

Fecha de recepción: 29/3/2021

Fecha de aceptación: 23/06/2021

Resumen

La ciudad, esa sorprendente invención humana, admite desde la literatura, una multiplicidad de representaciones simbólicas. La ciudad real condiciona la ciudad representada y de igual manera, la ciudad representada conforma los imaginarios urbanos a través de los cuales las personas se hacen una idea de la ciudad real. Este artículo explora los mecanismos de representación desde la óptica de las teorías literarias de manera general y agrega recursos de otras ramas como la arquitectura o una vertiente crítica que pertenece a los estudios culturales designada como spatiality. El mismo forma parte de una investigación más amplia acerca de la representación de Santo Domingo en la literatura.

Palabras clave

ciudad, representación, historia urbana, spatiality.

Abstract

The city, that surprising human invention, admits from literature, a multiplicity of symbolic representations. The real city conditions the represented city and in the same way, the represented city conforms the urban imaginaries through which people get an idea of the real city. This article explores the representation mechanisms from the perspective of literary theories in a general way and adds resources from other branches such as architecture or a critical aspect that belongs to cultural studies designated as spatiality. It is part of a broader investigation about the representation of Santo Domingo in literature.

Keywords

city, representation, urban history, spatiality.

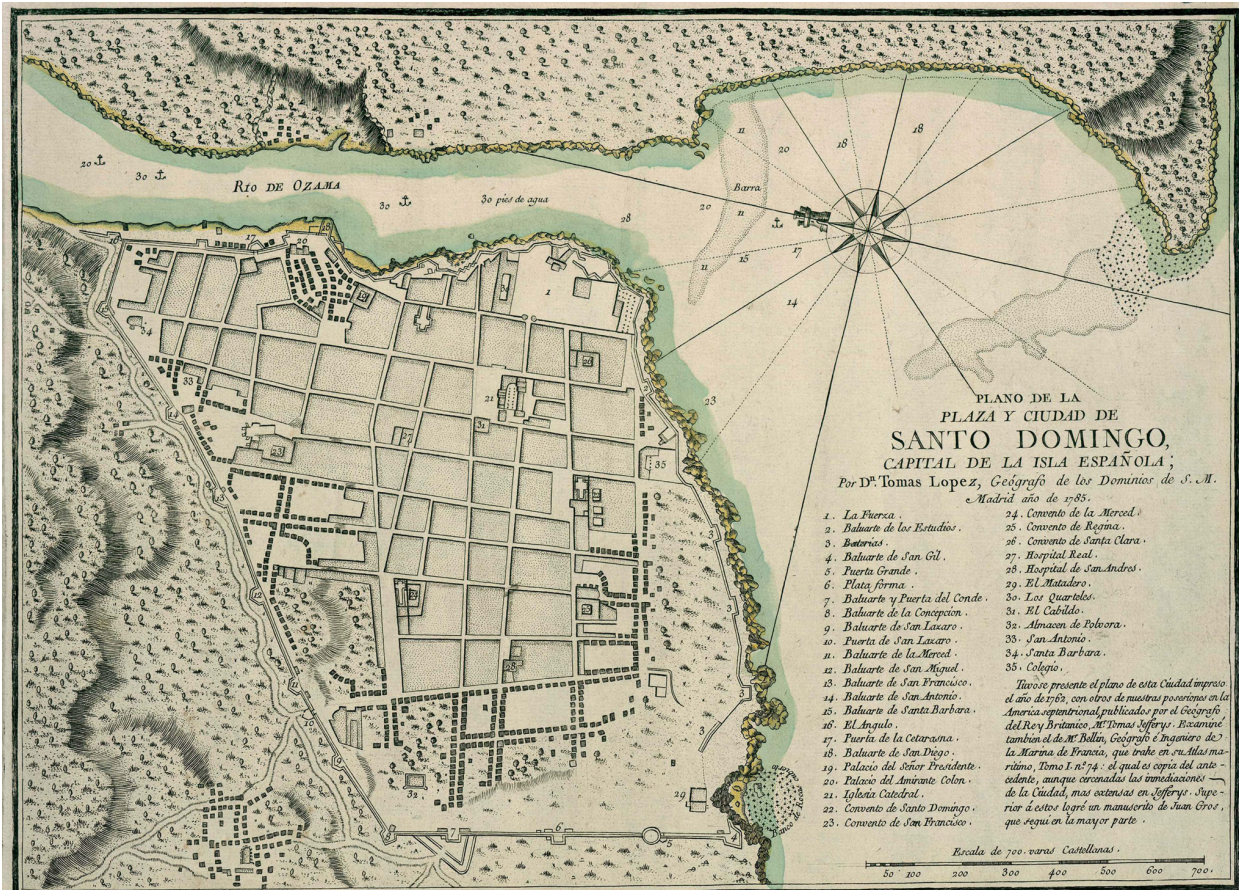
1. INTRODUCCIÓN

1.1 Santo Domingo, ciudad y escritura

Las ciudades son espacios vitales que modelan y enriquecen la existencia humana a través de una multiplicidad de representaciones simbólicas, imaginarios compartidos en la individualidad y colectividad del ser urbano. En la representación artística de la calle, la plaza, el interior de un apartamento o el parque central como lugar de encuentro, convergen todas las artes, puesto que, desde las obras escénicas más antiguas hasta las más recientes propuestas musicales, cinematográficas y de diseño posmoderno se encuentran modelos que permanecen como ejes paradigmáticos del oficio del artista.

La representación de lo urbano en la literatura universal afecta el discurso con el que se construye su propia historia. En nuestro caso tomamos la ciudad de Santo Domingo como base de análisis de un estudio transversal para profundizar en esa convergencia de factores disímiles (expresiones de lo urbano, estética epocal, propuesta escritural) que se integran en obras narrativas y poéticas de los siglos XX y XXI para dar lugar a una ciudad construida desde el oficio de escritores dominicanos, y que paradójicamente, construye la ciudad real.

Este artículo aborda de las representaciones culturales de la ciudad, desde lo histórico y universal y colonial hasta el aspecto artístico y literario dominicano actual como una propuesta alejada de las manifestaciones que tradicio-



Plano de la Plaza y Ciudad de Santo Domingo, Capital de la Isla Española / Por Dn. Tomas Lopez, Geógrafo de los Dominios de S.M.- Escala [ca. 1:5.500]. 700 varas Castellanas [= 10,9 cm]. - Se hallará este con todas las Obras de su Hijo en Madrid, en la Calle de Atocha..., año de 1785.

nalmente habían caracterizado la literatura nacional. Se trata de una ciudad problemática y de una historia compleja que, por tanto, complica la representación que pueda hacerse de ella de manera escritural.

1.2 La ciudad histórica como invención humana

¿Qué es la ciudad? ¿Cómo vino a existir? Son las preguntas que se hace Lewis Mumford al inicio del canónico libro *The city in history*. La andadura en el tiempo de la ciudad es la misma de la humanidad. Es consustancial al ser humano y como tal llena funciones de tipo físico y simbólico. Su origen se pierde en la noche de los tiempos y su futura viabilidad, aunque puesta en duda, no parece dar muestras de agotamiento. La ciudad tiene un origen físico y un origen mítico como se puede ver en el relato bíblico de la fundación de una ciudad por parte de Caín quien, según consta en el Génesis, edificaba una ciudad y esta se inserta así como tradición eminentemente humana y como un desafío a la Divinidad, contraria a sus leyes y al orden natural. La ciudad aparece como un hecho fundacional. El relato bíblico sitúa la fundación de esta ciudad mítica en la zona de la creciente fértil que los estudiosos de la historia urbana señalan como el lugar donde surgen las primeras ciudades.

Otro texto inicial acerca de la ciudad aparece en el poema Gilgamesh donde se relata la construcción de las murallas de Uruk por parte de este legendario rey sumerio. La construcción de estas murallas garantiza por un lado su inmortalidad y por otro se convierten en unos de los primeros textos que consignan la relación entre la ciudad y la escritura. Ambas acciones responden al mismo fin según Juan Calatrava: “fijar, establecer, delimitar, acotar un territorio lingüístico o espacial” (Calatrava, 2010, p.17). La ciudad para estas civilizaciones antiguas era la simbolización del orden, la oposición al caos. El caos era lo que quedaba más allá de las cons-

trucciones militares y de los límites marcados por las fortalezas amuralladas.

En el mismo libro del Génesis, Babel aparece como relato seminal de la aventura urbana de la humanidad y de la relación ciudad-lenguaje. El hecho de que en el lugar donde los hombres construyen la ciudad se confundan las lenguas así lo atestigua. A partir de aquí la ciudad se transforma en símbolo y señal de varios discursos, el primero de ellos de desafío a la autoridad divina. La edificación de la ciudad como desafío a la autoridad divina se percibe en el relato como transgresión necesaria, porque allí donde fueron los hombres siguieron edificando ciudades.

Según los historiadores, entre el 3,500 y el 3,000 a.d.C. las aldeas neolíticas empezaron a transformarse en las primeras ciudades. Este lapso ha sido designado por Gordon Childe como la primera revolución urbana. Gideon Sjoberg ha elaborado una definición del término ciudad, donde señala que se trata de “Una comunidad de un tamaño sustancial y una densidad poblacional que alberga una variedad de especialistas no agrícolas, incluyendo una elite letrada.” (Sjoberg, 1965, pp. 19).

Es necesario poner atención al hecho de que exista una élite letrada ya que esta es determinante en el registro y la representación de la ciudad. En el esquema de Sjoberg, esta élite ocupaba el centro de la ciudad dejando la periferia a las clases más pobres. La representación de la ciudad dependerá, en principio, de esta élite letrada que posee el monopolio de la escritura y en la medida en la que el fenómeno urbano se va haciendo más complicado, este mismo grupo desarrollará los sistemas simbólicos que serán entendidos y aceptados por el colectivo social de manera primaria.

La historia urbana se construye entonces desde el espacio y a través del lenguaje. Esta espacialidad va a estar condicionada por la imagen del mundo que impere en la sociedad. Durante la

Edad Media, por ejemplo, la imagen del mundo estaba condicionada por la religión y la espacialidad de las ciudades por igual. La iglesia, en la ciudad medieval, tenía un espacio privilegiado y de uso exclusivo. Su presencia opacaba la de cualquier otro edificio o en otros casos se destacaban las poblaciones urbanas que crecían en parte porque poseían reliquias de santos y mártires (Pike, 1981, pp. 11). La ciudad moderna presenta por otro lado un corte más civilista y alrededor de la plaza mayor aparecerán entonces el ayuntamiento o el palacio del gobernante. Los avatares que dan lugar a la historia de la ciudad se perpetúan en la imagen real que se presta a ser representada en la ciudad poética.

La ciudad es también materialización del mito. El acto esencial de la fundación, inherente a la construcción de una nueva norma espacial, organiza y garantiza cierta confortabilidad en el diario vivir de habitantes que ya no se sienten campesinos. Esta manifestación humana del acto de crear realizado por una divinidad sugiere la emergencia de una nueva identidad del ser en el estar. Mircea Eliade ha escrito que el hombre construye de acuerdo a un arquetipo. Fundar una ciudad incluía fundar un axis mundi, un eje sagrado del universo (Eliade, 2001, pp. 12). La dimensión mítica fundacional alrededor de la ciudad prevalece incluso en la estética de la modernidad. Todos los actos fundacionales urbanos incluyen la apropiación del territorio y la imposición de un orden que transgrede lo natural o lo divino.

En el terreno de la representación literaria de lo urbano, Burton Pike ha señalado una visión dual que incluye el mito de la ciudad como corrupción y el mito de la ciudad como perfección. La ciudad es la reificación de la ambivalencia y corporeización de fuerzas contradictorias. Esa idea genera conflictos, contradicciones y es quizás reflejo de la angustia que emerge desde los conflictos internos que atormentan el alma humana. La ciudad puede llegar a ser un conflicto irresoluble (Pike, 1981, pp. 21).



Fotografía de la Calle Hostos... Fuente: Archivo General de la Nación

Hay una dificultad inherente al hecho de representar la ciudad que Pike ha abordado en *The Image of the City in Modern Literature*, y es el de transponer las impresiones personales al lenguaje literario. La ciudad real presenta dificultades a la hora de ser escrita como ciudad literaria. Ello implica una operación de metaforización estética y cultural. En esta operación se ven envueltas convenciones retóricas y formas literarias que al final son artefactos culturales determinados por los acontecimientos de la historia.

La ciudad se funda como hecho material en el espacio y se proyecta en el tiempo. Se desarrolla de manera conjunta con la civilización y es causa y producto de ella. El sustantivo civilización surge del latino *civitas*, que designa a la ciudad. En la implantación de la ciudad material entran en juego múltiples factores de índole práctico y de índole mítico. A partir del mito, la fundación de la ciudad entra en la categoría de reproducción del acto de crear el mundo y se convierte en un eje místico. Esta operación mítica, que reproduce la acción de un héroe o un dios y que es contada, representada a veces con un lenguaje poético, da lugar a la emergencia de temas y motivos que incitan a la creación literaria de textos orales y con el correr del tiempo, al registro escrito de una expresión humana convertida en arte.

1.3 La ciudad, una realidad material

La ciudad es un hecho concreto con una realidad material, esto es algo que no podemos olvidar: Una ciudad con edificios, espacios entre edificios que se denominan espacios urbanos (Krier, 1981, p.17). Sin embargo, la ciudad es más que eso: el acto primigenio de la fundación de lo urbano la urbe tiene profundas implicaciones filosóficas, sociales, económicas y espirituales y, de hecho, en la narrativa de su origen siempre se acude a la trascendencia del mito y a la subversión del orden natural de las cosas. La ciudad, según Burton Pike, es un artefacto de factura humana que se ha convertido en un objeto que ocupa un lugar en el mundo natural. Hay muchas ciudades, de ahí su categoría de artefacto producido por la humanidad, pero cada una tiene una historia propia y se puede ver como una máquina que permite interpretar el pasado y el presente (Pike, 1981, pp. 4). La ciudad material posee conexiones que actúan a diferentes niveles y de esta manera se convierte en un topos recurrente en la cultura occidental.

Lewis Mumford ha dicho en *The Culture of Cities* que la ciudad es un hecho en la naturaleza –no un hecho natural– pero también es una obra de arte ejecutada de manera consciente y que dentro de su marco comunal contiene formas de hacer arte más simples y personales. El tiempo y el espacio se organizan en la ciudad de una manera diferente.

La ciudad es un registro de la actitud de una cultura y una época acerca de los hechos fundamentales de la existencia. Posee una condición física indiscutible que permite la vida comunitaria y a la vez, se convierte en canal simbólico de los propósitos colectivos que se dan bajo determinadas circunstancias favorables (Mumford, 1938, pp. 5).

Mumford en *The City in History* señala que el paso hacia la vida urbana requirió que las primeras comunidades humanas se alejaran de

considerar centrales las necesidades físicas, es decir, acometer la empresa de la ciudad implicaba ir más allá de la mera supervivencia.



Calle comercial. En Samuel Hazard, Santo Domingo, su pasado y presente (p. 224)

La ciudad exigía un diseño propio de sistemas de inteligencia superior en el ser humano, implicaba complejizar los roles de cada miembro de las comunidades neolíticas que luego serían los primeros habitantes de las ciudades. De esta complejidad creciente derivaría una unidad más cohesionada y en una expansión de las capacidades humanas (Mumford, 1961, pp. 29). La ciudad implicaba en términos materiales un aumento en la producción agrícola, una creciente complejidad en las obras civiles. Sin embargo, la ciudad dependía de algo más y Mumford señala que la complejización de las actitudes y empresas humanas determinadas por el cambio hacia la vida urbana estaría precedida por ciertos aportes provenientes de nuestro inconsciente colectivo que conllevaría el nacimiento de las religiones urbanas con su estructura sacerdotal, su jerarquización materializada en la existencia de un rey aprobado

por los dioses y su particular espacialidad. La noción de deidades celestiales diferentes de las habituales deidades cercanas, procede de esta época. El inconsciente colectivo determinaría los espacios vitales de las primeras ciudades.

Spiro Kostoff ha escrito en una obra canónica de la historiografía urbana, *The City Shaped* (1992) que la forma de la ciudad actúa como un receptáculo de significado. Y para contestar la pregunta acerca de qué es una ciudad, Kostoff nos señala en primer lugar que se trata de una agrupación de personas cargadas de una “energía” particular, no se refiere a cantidad, sino a densidad y sobre todo a la existencia de la presencia de un sistema de gobierno organizado, especialmente en el caso de las ciudades preindustriales, que es donde acuden los historiadores en busca de los patrones que se repiten o bien dejan de aparecer en la ciudad actual. Luego señala que las ciudades nunca suceden solas, una ciudad siempre está acompañada de otras ciudades. Ocupan un área que puede estar delimitada de una manera física o simbólica.

Prosigue Kostoff diciendo que hay en las ciudades, también, una división social del trabajo y una desigual repartición de la riqueza; esto crea jerarquías sociales y da lugar a la heterogeneidad. Las ciudades poseen una fuente de ingreso sea esta el comercio, la agricultura o recursos naturales. Podría tratarse de un recurso humano como por ejemplo un rey, dice el autor. Por último, señala que las ciudades dependen de la escritura y que se relacionan con su ruralía inmediata, es decir hay una división patente entre lo que es campo y lo que es ciudad, pero a la vez hay una relación de dependencia, servicio y protección. Nos interesa, para los fines de investigación, la condición de dependencia escritural de la ciudad. Kostoff señala que la ciudad depende de la escritura para mantener registros, escribir las leyes y titularizar la propiedad, base fundamental de esta (Kostoff, 1992, pp. 38).

La condición fundacional de la ciudad siempre ha implicado una toma de decisiones, un partearguas, un antes y un después. Los romanos sólo pudieron ser romanos a partir de la fundación de Roma que Virgilio y el mito conectan con Troya. Pero de igual manera, el ascenso de Roma reclama de alguna manera la destrucción de Cartago o la fundación de cientos de castra muchos de los cuales llegarían a ser ciudades en todo el territorio del imperio.

Un personaje casi mítico de la construcción de lo urbano es Alejandro Magno, cuya labor de expansión de sus dominios implicaba la fundación de ciudades, y desde el Mediterráneo hasta la India, expandió lo que Sybil Moholy Nagy ha llamado la Ola griega. La obsesión de Alejandro consistía en aplicar el modelo de ciudad-estado para dar forma a un imperio. Demos y ecúmene eran abstracciones filosóficas propias del pensamiento helénico y Alejandro necesitaría modelos de ciudad para su proyecto de expansión. Había sido discípulo de Aristóteles, quien al igual que Platón, se sostenía en la virtud personificada en el saber y el deseo de actuar en favor de la polis, entendida esta como la “comunidad de los hombres” y horizonte social griego (Moholy-Nagy, 1970, pp. 99-100).

Sin embargo, Alejandro abandonaría el modelo aristotélico de una ciudad a la que se pertenecía por nacimiento (polis) por una ciudad universal y multicultural, la cosmópolis, que tenía como modelo a Babilonia, ciudad elegida como capital temporal y que poseía la condición de ciudad idealizada. Esa ciudad idealizada, asiento de una dinámica civilizadora, sería el modelo de la capital permanente fundada en Egipto: Alejandría, metáfora hiperbólica de su propio nombre en el imaginario cultural de Occidente. Alejandro Magno ordena en su testamento fomentar las migraciones masivas entre Europa y Asia para buscar grandes acuerdos a través de la fundación de ciudades. Se basaba en una antigua costumbre griega de fusionar pequeñas comunidades con intereses económicos y

religiosos similares: el sinecismo. Alejandro promueve a través de su empresa conquistadora una verdadera transformación del ambiente vital de los humanos de su tiempo; funde la ética aristotélica con las necesidades sociales y seculares del momento histórico que le tocó vivir y pone en práctica una visión comunitaria de la esencia humana individual y personal en torno a un sentido social del hombre que se concibe como oikumene. Esta visión del ser en el estado social urbano daría forma al mundo occidental e influiría en el desarrollo de todas las teorías del pensamiento y las propuestas del arte del Mediterráneo en los siglos venideros.

1.4 La creación de una poética urbana

Lewis Mumford, en una página memorable de su obra señala que, junto con el lenguaje, la ciudad es la más grande obra de arte de la humanidad (Mumford, 1938, p. 5). De esta manera, ciudad y lenguaje se equiparan en una misma categoría: obra de arte. Entiendo que esta categorización es importante para los fines de esta investigación a pesar de sus implicaciones metafóricas. Una cosa es cierta, la ciudad es un texto que responde a un discurso y se produce y reproduce en coordenadas espacio-temporales. De igual manera, las ciudades se convierten en sujeto de creación literaria, dando forma en el registro escrito a una representación que se enmarca en el contexto social y cultural.

Bridge y Watson señalan que las ciudades se vinculan con el hecho literario hasta el punto de que muchas de las grandes obras de la literatura dependen de la ciudad para su existencia. De igual manera señalan que la literatura condiciona nuestra idea de la ciudad real. Es decir, actúa como una ruta de dos vías: la ciudad condiciona la literatura y la literatura condiciona nuestra imagen de la ciudad.

En términos de lo que se conoce como imaginarios urbanos se identifica una dinámica tensional entre dos condiciones aparentemente

antagónicas, según las cuales la ciudad al mismo tiempo estimula y constriñe la imaginación (Bridge y Watson, 2000, pp. 3). Por ejemplo, en la medida en que existen diversas identidades y en las limitaciones que la asunción de la propia identidad impone a un individuo, se desarrolla también una serie de experiencias que van a depender de aspectos como la edad, la condición sexual, el perfil ideológico, las habilidades o discapacidad física, la identidad étnica etc. Todos estos factores son determinantes en la formación de las representaciones espaciales de una dinámica textual que se desenvuelve en torno a al barrio, la calle, el hogar familiar.

El estudio de la relación entre ciudad y literatura ya sea representada como personaje o escenario, cae dentro de una esfera de la crítica literaria conocida como spatiality y proviene del ámbito de los estudios culturales. Para concretar los elementos cruciales de este concepto, nos referiremos al famoso discurso que Michel Foucault ofreciera en el Colegio de Arquitectos de Francia en 1967, en el que se señalaba que si la gran obsesión del siglo XIX fue la historia donde el concepto temporal se identifica con lo contemporáneo. En el siglo XX se desarrolló una nueva perspectiva al colocar en el centro el espacio; a tales fines, acerca de esa época (1967) señalaba: “La presente época será quizás sobre todo la época del espacio.

Estamos en la época de la simultaneidad: estamos en la época de la yuxtaposición, la época de lo cercano y lo lejano, de lo que está al lado, de lo disperso” (Foucault, 1986, pp. 22).

Si damos crédito a esta afirmación, estaremos de acuerdo con el hecho de que la ciudad es ante todo un lugar, es decir: es un hecho que ocurre en el espacio. Es un hecho que posee múltiples aristas y como todo hecho es plausible de ser relatado y representado a través del lenguaje. Entonces, podemos preguntarnos a partir de cuáles procesos se llega a esas representaciones de la ciudad y qué actitudes los condicionan.

Volviendo a la afirmación de Bridge y Watson tenemos que, al constreñir la imaginación, las ciudades no la niegan de plano, sino que la consolidan mediante la memoria colectiva, condicionada a través del discurso de la autoridad y la tradición.

Las ciudades, al igual que las naciones, señalan los autores, pueden ser el asiento de comunidades imaginadas y su pensamiento estar condicionado por la autoridad. Este condicionamiento puede actuar como freno de la imaginación. Sin embargo, y es lo que pretendemos demostrar, se trata de un condicionamiento que es perfectamente esquivable y posible de ser subvertido a través de un discurso contestatario que cree una tensión entre la autoridad como forjadora de la identidad condicionada de estas comunidades y ciertos sujetos dentro de estas que actuarían fuera de las normas establecidas. El relato de las vidas de estos sujetos da forma a una literatura que se caracteriza por un sentimiento generalizado de alienación y angustia frente a la vida de la ciudad.

Las ciudades controlan múltiples aspectos de la vida de los seres humanos y por tanto condicionan muchas de sus respuestas. Señala Burton Pike, en una afirmación que nos trae ecos de Mumford, que la ciudad es el más visible e impresionante logro de la humanidad, pero sobre todo, puntualiza además que la ciudad es un artefacto que permite interpretar el pasado y el presente. La cultura occidental lo tiene como uno de sus grandes temas. La vida de las ciudades fascina tanto como su muerte y quizás esta última más, a juzgar por la presencia de relatos de ciudades destruidas que recogen la literatura y la historia. La destrucción de Troya es constitucional a la *Ilíada* y precursora de la *Eneida*; en este poema de Virgilio está también presente la futura fundación de Roma. La literatura y el cine modernos nos muestran historias distópicas en las que la civilización, representada por la vida urbana desaparece o es subvertida de manera radical.

El arraigo de la ciudad en la imaginación cultural es de vital importancia, al punto de que uno de los aspectos que lo definen es el hecho de ser una creación diferenciada de la naturaleza; ese aspecto explica en cierto sentido, la ritualización que de antiguo se efectuaba alrededor de las fundaciones urbanas. La ciudad es la imposición de un orden no natural, frente a un orden creado por la Divinidad o la naturaleza. Saldarriaga Roa la define como una neonaturaleza (Saldarriaga, 2002, p.78). Esta condición es sumamente importante, puesto que define una temporalidad propia de la ciudad que escapa a la condicionada por fenómenos naturales: lluvia, alternancia de noche y día, estaciones. (Le Breton, 2015, p.185). Los ritmos de la ciudad obedecen a construcciones dinámicas y comunicativas grupales, a interacciones del individuo consigo mismo y con los demás; los ritmos son otros, la diversidad social y cultural contribuye a esa diferenciación.

John Rennie Short considera tres discursos diferenciados surgidos de la ciudad: la ciudad autoritaria, la ciudad cósmica y la ciudad colectiva, que este investigador considera como relevantes para este nuevo milenio que apenas inicia (Short, 2000, p.18). Se observa en la perspectiva de Short, una tendencia hacia la agregación social, hacia la interacción entre sujetos donde intervienen a la vez elementos de orden y disciplina, así como y de anarquía y realización individual. Debemos recordar a este punto que la ciudad, a partir de la época clásica, se convirtió en el centro de emergencia de nuevas ideas de organización del bienestar social del individuo, es el ámbito de la libertad individual y colectiva, pero de igual forma la libertad se entiende también en relación con una narrativa del orden que permea y pone límites a esa libertad (Short, 2000, p. 21).

La construcción de la libertad se fundamenta en términos de acuerdos grupales y fiscalización de normas; sin embargo, cabe aclarar que en la teoría política clásica existe la noción del contrato social entre los ciudadanos y el Esta-

do. Short sostiene que la ciudad es la corporeización del contrato social. Esta corporeización posee una dimensión susceptible de escribirse de distintas formas. La sociedad urbana tiende al control del tiempo y del espacio que se logra mediante un sistema de límites que ubican lo que es centro y lo que es periferia. De igual manera se controlan los espacios, las estructuras y sistemas visuales, la monumentalidad mediante la cual el Estado habla a sus ciudadanos. Toda ciudad es, por así decirlo, autoritaria en su naturaleza; la conformación de su sistema formal y espacial comunica ese ejercicio del poder.

En la ciudad moderna el ejercicio del poder del Estado se une a operaciones del capital que van a determinar una nueva espacialidad regida además por la mano del mercado. Para fines de nuestra investigación, es necesario hacer notar que estas relaciones del mercado y el espacio urbano van a determinar unas operaciones de disgregación, exclusión y segregación comunitaria que darán lugar a una narrativa centrada en sujetos marginales que marcará mucho la literatura de la posmodernidad.

2. DESARROLLO

2.1 El recorrido crítico de la spatiality

En la introducción nos referíamos al giro espacial que se ha verificado en la crítica literaria del s. XX. La cuestión sería de entrada definir con detalle el conjunto de ideas que conforman una vertiente crítica que en inglés se designa como *spatiality*, y que ha sido reconocida en la comunidad intelectual y académica internacional como un interesante aporte teórico que vale la pena considerar en el análisis literario y cultural. Esta vertiente de estudio ha surgido a partir de un concepto que hace énfasis en los posibles significados que posee el espacio, el lugar y cómo estos significados son susceptibles de transformarse en una cartografía. La *spatiality* como aproximación crítica se refiere a la dimensión concreta de lo espacial frente a la temporalidad que caracterizó a la moderni-

dad en la manera que lo señalaba Foucault en el discurso ante el colegio de arquitectos de Francia. La reestructuración cataclísmica de las sociedades durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

Es decir, el giro espacial, la época del espacio a la que se refiere Foucault es consecuencia de la desconfianza en la noción de progreso en el proyecto moderno que se produce al término de la contienda. Es difícil pensar el tiempo como un río que fluye de la barbarie hacia la civilización a la sombra de Auschwitz y las bombas atómicas (Tally, 2013, p. 13). Los procesos de descolonización desatados desde las revoluciones independentistas del siglo XIX o amplificados a partir de la segunda mitad del siglo XX, han marcado también este “giro espacial” en virtud de aspectos geográficos que se derivan de tales situaciones socio-históricas.

De igual manera, se verifica un aumento en el uso de terminología espacial en la literatura, las artes y la crítica (Tally, 2013). La transversalidad e interdisciplinariedad que caracteriza a los estudios culturales incide en el carácter versátil del repertorio que define la teoría de la *spatiality*.

Aparte del discurso de Foucault, otro texto que se considera fundacional dentro del campo de la *spatiality* y que entrará dentro del marco teórico de esta investigación, es el ensayo de 1973 de Raymond Williams *The Country and the City*, un texto en que se explora el contraste entre campo y ciudad. A partir del estudio de la evolución de la literatura inglesa durante 350 años, identifica la forma en que la experiencia social de las relaciones de tenencia de la tierra son detonadores de propuestas literarias de éxito. Por ejemplo, se analiza cómo el tema del amor en las novelas románticas es una forma estética susceptible de analizarse como reflejo de una sociedad dominada por los aspectos de la tenencia del suelo.

El control sobre el propio entorno espacial de los habitantes de los pueblos es otro aspecto resaltado por Williams; a medida se consolidaba el capitalismo agrario, de igual manera se consolidaba una clase de pequeños propietarios y artesanos en los pueblos. La representación de esas relaciones humanas en el espacio público y privado, en la teatralidad de calles y edificios, pero también en las residencias familiares y en las alcobas de la intimidad emocional de los ciudadanos, definió un cambio en la literatura inglesa que se prolonga desde el siglo XVII hasta los más destacados episodios de arte literario de la Modernidad (Williams, 1998, pp. 509).

Otro texto pivotal es el canónico *The Metropolis and Mental Life*, de Georg Simmel, donde explora el efecto de los múltiples estímulos que proyectan las ciudades modernas sobre sus habitantes y el efecto que crea sobre estos. La estructuración de la división del trabajo, el conflicto llevado al extremo, los incesantes estímulos externos se asumen desde una perspectiva diferente a la que caracterizó a la historia occidental hasta el siglo XVIII. Ante los múltiples fenómenos que pueblan la vida urbana, el urbanita desarrolla una actitud blasé que consideramos indicio de alienación (Simmel, 2002, pp. 14). A pesar del tiempo que ha transcurrido desde su publicación, este ensayo de Simmel puede ser tomado como ejemplo al asumir las condiciones que señala para la ciudad como exacerbadas y ampliadas en la actualidad antes que superadas u obviadas. Simmel no solo ve la ciudad desde la economía o la política sino desde la cultura o desde una aproximación psicológica.

La ciudad como espacio representado opera en múltiples niveles. Posee una pluralidad heterogénea que oculta significados (Guerra, 2000, pp. 82). La vida urbana como fenómeno es altamente ambigua y se ha representado como visión celestial unas veces y como infernal otras. Cualquier ciudad, real o ficticia puede mostrar ambas caras, según la vivencia de los sujetos

que la habitan. La ciudad como proyecto físico se manifiesta de manera concreta en el espacio, pero esta concretización que es dura, geométrica y ordenada choca con lo social que es imperfecto y escapa al mundo de lo concreto, pero que se manifiesta en ese espacio ordenado (Guerra, 2000, pp. 41). Ese espacio ordenado es también un espacio coercitivo, jerarquizado y de autoridad. La materialidad urbana aloja una trama ideológica que modela una sociedad ideal (Guerra, 2014). En la ciudad moderna conviven además múltiples manifestaciones de lo global y lo local: actores de la escena económica hiperconectados a las redes del capital mundial, vendedores ambulantes, inmigrantes y desplazados. Todos ellos en el mismo plano físico, pero generando representaciones diferentes de la ciudad.

Lucía Guerra ha señalado la complejidad de la experiencia de habitar la ciudad ya que esta implica una subjetividad respecto a la relación entre el espacio urbano y un sistema cultural codificado en base a lo simbólico. Guerra cita a Françoise Choay, que señala que la ciudad es un sistema no verbal de elementos significantes que se relacionan de manera relevante con otros sistemas de prácticas sociales (Guerra, 2000, pp. 96). La ciudad es luego un texto y la ciudad como texto es una de las ideas que dan origen a nuestra investigación acerca de la representación de Santo Domingo en la literatura.

La construcción de una representación de la ciudad se realiza con el concurso de múltiples recursos y uno de ellos, presente en el mismo centro del mecanismo de representación, es el de la memoria. Las ciudades son máquinas de recordar (Pike, 1981, pp. 4). Aldo Rossi incide también en ese planteamiento en uno de los más importantes tratados teóricos sobre arquitectura que se publicaron en la segunda mitad del siglo XX: *La arquitectura de la ciudad*. En el primer capítulo, Rossi plantea entender la ciudad como “una arquitectura”, en el entendido de que la ciudad se construye en el

tiempo (Rossi, 1982, pp. 60). Sostiene que con la arquitectura se busca lograr un ambiente más propicio a la vida, a la vez que se busca una intención estética, son aspectos que “iluminan la ciudad como creación humana”. Con esta obra pretendió captar la ciudad en su complejidad, haciendo uso de textos externos a la arquitectura como los escritos de Levi Strauss y las aproximaciones de Maurice Halbwachs en torno al tema de la memoria colectiva.

La representación de la ciudad en la literatura puede ser abordada desde distintas perspectivas teóricas y enriquecida con el ámbito crítico de la spatiality. La diversidad de posiciones y conceptos en el abordaje del estudio y conocimiento de las múltiples dimensiones de la ciudad desde su condición de artefacto complejo, desde la dinámica condicionada por el discurso del poder y en su función de registro, de máquina de recordar, permite abarcar una amplia gama de textos y documentos teóricos para el análisis objetivo de los datos que se pueden aportar. Sin embargo, en nuestra investigación se hace necesario acotar y limitar los alcances de la misma.

2.2 La realidad espacial en el texto, su función narratológica

Las implicaciones narratológicas del espacio han sido estudiadas por representantes de diversas aproximaciones teóricas a la literatura. El espacio es absolutamente necesario para hacer verosímil lo narrado. Y si bien es cierto que la realidad del relato está basada en el tiempo, de igual manera todo relato está inscrito en un espacio que nos proporciona información. Todo lo narrado está situado dentro de un espacio descrito (Pimentel, 2001, pp. 8). Hay una relación de subordinación de lo temporal a lo espacial, según Luz Aurora Pimentel, quien dice, citando a Genette que: “es casi imposible dar cuenta de acontecimientos sin un elemento descriptivo mínimo, inherente a ciertas formas lingüísticas.” La descripción es fundamental en

muchos aspectos, puesto que infunde ritmo a la narración, crea la ilusión de realidad (verosimilitud) o plantea una relación significativa con el mundo real. La relación con el mundo real puede estar basada en un modelo mediante el cual lo narrado sea un reflejo o puede plantear una distorsión. Crear la ilusión de realidad responde a elementos lingüísticos y ella misma se basa en un fenómeno de índole intertextual, puesto que se toman elementos de la literatura, de lo pictórico, y debe relacionarse esto de manera simbólica con el mundo natural. Hay además una vertiente cultural y temporal que determina valores ideológicos y temáticos que afectan la construcción de una narración.

El inventario es quizás la forma más simple de la descripción (Pimentel, 2001, pp. 21) y a la vez existen otras. El inventario es propio de la enumeración. En las estrategias descriptivas del espacio, se enumeran las particularidades de lo que se describe o se crean relaciones analógicas, identificando lo que se menciona con palabras referidas a los detalles de manera sinecdótica. V. Shklovski analiza estas relaciones analógicas en *El arte como artificio*, cuando señala que existen dos tipos de imágenes: “la imagen como medio práctico de pensar, como medio de agrupar los objetos, y la imagen poética, medio de refuerzo de la impresión.” (Shklovski, 1970, pp. 57). En la representación de la ciudad en la literatura, ambos tipos de imágenes se hacen presentes. Para Shklovski, la imagen poética tiene la finalidad de crear la impresión máxima y responde a una ley de economía de fuerzas. Para este autor y los formalistas rusos, la lengua poética responde a este principio; de hecho, en la representación literaria, la economía de medios es una constante (Shklovski, 1970, pp. 57).

Quisiéramos traer al marco teórico la noción de cómo los discursos extraliterarios que han producido descripciones de ciudad conforman lo que Greimas llama un “referente global imaginario”. Este referente no se crea a partir de

una comprensión sino de una identificación. Es desde la aplicación de este concepto que podemos aprehender un relato que se desarrolle en una ciudad a partir de la mención del nombre de esta. De igual manera, hay una identificación mítica de ciudades conocidas o de ciudades donde ocurrieron hechos. La descripción de la ciudad es fundamental en el peso que esta posee en la construcción del espacio diegético. Lo visual reviste vital importancia, en cierto modo volvemos a Shklovski, ya que la vista provee la primera significación narrativa del espacio diegético, que siempre está cargado de significado. Su mención ya reviste sentido, pero este sentido no siempre parte de la descripción sino de las referencias extratextuales ya inscritas en el texto (Shklovski, 1970, pp. 60). Investigar el modo en que se insertan estas referencias en el caso de la representación de Santo Domingo en la literatura, es uno de los objetivos que nos hemos propuesto.

El espacio como soporte para hacer verosímil lo narrado se complica en la ciudad en términos de la pluralidad de significados generados a partir de su diversidad espacial. La representación de una ciudad en un texto refiere inmediatamente a otros significados, pero siempre estará patente en primer plano la acción llevada a cabo en el espacio. Bajtín plantea una indisolubilidad del espacio y el tiempo en un todo inteligible y concreto, que él mismo designa como cronotopo. Para el teórico ruso, los elementos del tiempo se revelan en el espacio y la forma de entender el espacio es a través del tiempo. El cronotopo finalmente es una categoría de la forma y el contenido que al final determina la imagen del hombre en la literatura (Tally, 2013, pp. 155).

La extratextualidad y la intertextualidad nos refieren en cierto modo a otros ámbitos de la teoría que escapan a las categorías del lenguaje y nos insertan en el ámbito de la interdisciplinariedad que caracteriza al campo de los estudios culturales. Los estudios culturales han aportado una manera de abordar la realidad desde las

categorías simbólicas y culturales que generalmente son no tangibles. Esta visión incluye la introducción de un nuevo léxico en la crítica literaria que proviene principalmente desde la geografía y los estudios urbanos, términos que definen situaciones materiales y se recuperan con nuevos contenidos en el campo de la crítica: geografías literarias, cartografías literarias e imaginarios urbanos, por citar sólo algunos que resultan pertinentes. Quizás el más extendido es el llamado imaginario urbano. Este concepto combina la experiencia material de la ciudad con las dimensiones simbólicas generadas a partir de la experiencia del sujeto en esta. La idea de imaginario combina lo espacial, lo cultural y lo social (Lindón, 2007, p.90).

Tiempo y espacio son necesarios para lograr la verosimilitud de lo narrado. El espacio urbano, en virtud de su complejidad requiere, para crear la ilusión de realidad de múltiples recursos, muchos de ellos de índole ajena al texto. Para aprehender la ciudad en un texto a veces basta sólo con mencionar su nombre, pero en ocasiones también se necesita el recurso de la descripción, el inventario o la visión panóptica de un narrador que recorre el espacio. La presencia de múltiples significados también complica la narración y es allí donde el ámbito de los estudios culturales agrega el concepto de imaginario urbano como una categoría teórica que provee una base para abordar el fenómeno urbano a partir de las identidades que se yuxtaponen en la ciudad actual y lo construyen. A mi juicio, este apartado se constituye en el más importante de la investigación en tanto provee de suficientes herramientas teóricas para abordar la representación de Santo Domingo.

2.3 El universo infinito de la ciudad latinoamericana

Antes de abordar los textos que podrían ser incorporados desde esta parcela crítica a esta investigación, quisiera recordar la ocasión en la que el arquitecto y artista plástico paragua-

yo Carlos Colombino refirió: “En cuanto al urbanismo, yo pienso que toda la historia está basada en un hecho muy simple, muy escueto, que ya establece la ley de Indias (sic). En ese sentido, la historia de América Latina comienza, prácticamente, como un hecho urbanístico” (Bayón, 1977, p.148). Muchos historiadores han señalado el aspecto fundamental que jugó la ciudad dentro del proceso de colonización del vasto territorio americano y Enrique Browne ha llegado a plantear que las Ordenanzas de Población de 1573, conocidas como las Leyes de Indias, son el producto de la retroalimentación obtenida de la experiencia urbanística americana que se inicia en Santo Domingo en 1502 (Browne 1988,9).

Quizás un libro fundamental que sirve para mirar y dimensionar el peso de la ciudad en la conformación del universo de las ideas en América sea Latinoamérica, las ciudades y las ideas de José Luis Romero (2001). Cuál es el papel que las ciudades han cumplido en el proceso histórico de América Latina, es la pregunta que se busca responder en el libro. Para Romero, la fundación de una ciudad, más que un hecho físico, refiere a la creación de una sociedad y como tal, estaría marcada por una ideología que se asumía imponible al territorio de su influencia. Este autor considera que la sociedad urbana es compacta, homogénea y militante. Esta actitud, sostiene, era propia de sociedades urbanas anteriores en un arco que abarca desde las fundaciones de Alejandro Magno hasta el renacer urbano de Europa en la Edad Media tardía (Romero, 2001, p. 13). La ciudad impone un orden en América y desde el principio se inserta como antítesis del caos y a la naturaleza avasallante del paisaje americano o como reino ordenado de la religión católica. Ángel Rama define la ciudad latinoamericana como “un parto de la inteligencia” por cuanto se inserta como la encarnación de este orden.

La encarnación del orden implicaba la sacralización de la escritura. Surge entonces el me-

morial como instrumento de comunicación con la metrópolis y con el memorial surge el archivo como depositario de la historia. La historia siempre está teñida por el mito y son los mitos fundacionales de las ciudades los que se repiten en el continente americano. La fundación de la ciudad ex-nihilo será una constante en América, desde Santo Domingo (1502) hasta Brasilia (1960). Mito y archivo conviven en la literatura latinoamericana y se forjan a partir de las operaciones escriturales de la colonia. La ciudad se sustenta desde siempre en el ámbito de la escritura y en las regiones coloniales americanas era imprescindible contar con una élite letrada que se encargaba del registro y a la vez se consolidaba como guardadora de la historia. En España, la necesidad de la guarda de la historia implicó operaciones espaciales tales como la construcción de grandes edificios destinados a archivar los documentos que la colonización de América produjo (Echeverría, 1998, p.30). La colonización del continente fue un hecho urbano, pero sobre todo fue un hecho escritural.

La ciudad es el elemento vital de la apropiación del territorio americano. La colonización de La Española de lo que luego fue llamado América incluía la fundación de ciudades como principio social y jurídico organizador no solo del elemento ordenador, no sólo del territorio, sino como inserción de un orden dentro de la gran incógnita que constituía el paisaje americano. Los centros urbanos se convierten desde entonces en el asiento de una élite letrada encargada de dar continuidad y registro a la empresa colonial. Esa empresa incluye la instauración y divulgación de un sistema de pensamiento que en principio es renacentista y católico, o cuando menos judeo-cristiano, geoméricamente ordenado para tales fines.

La estética barroca tendrá también su manifestación escritural en la poética urbana hispánica y más tarde, la ilustración y las independencias darán lugar a nuevas expresiones espaciales y arquitectónicas. A partir de aquí, lo urbano se

convertirá en un elemento importante dentro de la oposición dicotómica civilización vs. barbarie, a tal punto que marcará el discurso intelectual americano hasta bien entrado el siglo XX. Aparecerá como el elemento que represente los ideales civilizadores y esta posición en el discurso estético definirá su espacialidad material y su representación literaria y artística.

2.4 El caso de Santo Domingo

La imposición del orden urbano en América tiene su evento fundacional en Santo Domingo. Nicolás de Ovando arriba en 1502 a la isla Española y sienta las bases de la ocupación del territorio americano con la introducción de la traza a damero. A partir de esta operación de concretización de una idea en el espacio, surgirán las primeras representaciones letradas de Santo Domingo y de la ciudad indiana.

Henríquez Ureña, en *La cultura y las letras coloniales* ofrece una relación de los escritores que visitaron la ciudad de Santo Domingo y recoge impresiones señeras como las del humanista Alessandro Geraldini, segundo obispo de Santo Domingo y primero en ocupar la sede, Juan de Castellanos que describe con detalle el trazo de las calles (Henríquez, 1960, p. 354). Otro tanto hará Gonzalo Fernández de Oviedo. Las primeras representaciones de Santo Domingo se inscriben así en la tradición del memorial americano. El espacio ordenado en la ciudad es representado con el lenguaje y el arte. Las escrituras inaugurales de Santo Domingo son el inicio de esta investigación. Abundan las impresiones de viajeros españoles, franceses, ingleses. Se redactan memoriales de funcionarios, obispos, y la élite letrada que compone la burocracia colonial de una ciudad que se diseña como primera avanzada europea en América, aunque luego caiga en decadencia.

Con respecto a las primeras representaciones de Santo Domingo, Amparo Chantada dedica un capítulo completo de su libro *Del proceso de*

urbanización a la planificación urbana de Santo Domingo: (la política urbana del gobierno del Dr. Balaguer, 1986-1992) a la representación literaria de la ciudad por parte del obispo Geraldini. Aborda un análisis crítico del Itinerario y se embarca en una desmitificación de la ciudad, analizando la visión geraldiniana desde la lingüística. Consideramos este análisis importante porque una representación mítica de Santo Domingo ha sido la de “Atenas del Nuevo Mundo”, y fue reivindicada por las dictaduras de Trujillo y Balaguer. En ambos regímenes, la ciudad era el escenario de intervenciones espaciales mediante la construcción de un discurso centrado en lo urbano. Las representaciones urbanas de Santo Domingo de 1936 a 1961, cambiado su nombre a Ciudad Trujillo, vienen inscritas en el sistema ideológico del estamento intelectual al servicio del régimen (Mateo, 1993, p.109).

El relato de la ciudad americana tiene su origen en Santo Domingo, las primeras crónicas así lo consignan. Geraldini, Juan de Castellanos, Fernández de Oviedo ofrecen una mirada un tanto hiperbólica de las bondades de la ciudad que Oviedo comparaba con Barcelona, con ventajas de Santo Domingo pues sus calles eran más anchas. Lo propio hará Juan de Castellanos. Sin embargo, prontamente Santo Domingo será dejada al abandono al aparecer mejores lugares en tierra firme.

En 1586, la invasión de Drake le propicia un golpe del que la ciudad jamás se recupera y entra en un largo periodo de decadencia para un breve renacer durante las reformas de Carlos III y la posterior cesión a Francia en virtud del tratado de Basilea en 1795. La representación de Santo Domingo que se refleja en las crónicas e informes de viajeros de la época será siempre la de una ciudad tenida a menos, de aspecto envejecido y por donde la mano del progreso no parece haber pasado (Hoetink, 1971, p.82).

La tensión ideológica entre atraso y modernidad aparecerá en la literatura del siglo XIX y

en el pensamiento de nuestros intelectuales. La ciudad será escenario de este enfrentamiento y el pensamiento crítico de Eugenio María de Hostos se centrará en la explicación de su proverbial atraso por la escasa urbanización de la capital (Hoetink, 1971, p.86).

Más tarde, en el periodo trujillista se producen cambios que redefinen el papel y la proyección de la ciudad como imagen metropolitana de una identidad criolla contradictoria. Andrés L. Mateo señala en *Mito y cultura en la era de Trujillo*, que la producción de ideas durante todo el régimen trujillista formaba parte integral del esquema defensivo de la tiranía. La defensa teórica, el adoctrinamiento de corte fascista y el aparato educativo intelectual e ideológico del partido de gobierno se convertían en mecanismos de prevención de la disidencia a la vez que ordenaban el consenso alrededor de la figura del dictador. Existía todo un tinglado ideológico que organizaba un férreo discurso que sostuvo al régimen por 31 años en un exitoso esfuerzo intelectual de legitimación (Mateo, 1993).

Uno de los motivos recurrentes del discurso trujillista es el mito. Alrededor de la propuesta ideológica surgió toda una hiperbólica mitología que habría de traducirse en una propuesta icónica y material.

Como todo pensamiento mítico tiene un comienzo signado por la intervención del destino, podríamos decir que el nacimiento de la capital de Santo Domingo moderna, el acontecimiento que marca en el reloj de la historia el antes y el después, tiene lugar a escasos meses de la inauguración cuando el 3 de septiembre de 1930, el ciclón de San Zenón arrasa Santo Domingo. Este suceso va a dar origen a uno de los mitos fundamentales más famosos del trujillismo: el mito de la “Patria Nueva” (Mateo, 1993, p.116).

La reconstrucción que se implementaría en Santo Domingo permite situar a Trujillo como artífice de esta nueva fundación y se inserta en

la tradición dicotómica civilización-barbarie que caracterizó al pensamiento latinoamericano desde el siglo XIX. El progreso mediante la modernización urbana era un discurso que ya se había verificado en otras partes del Continente y sería asumido por el régimen concediéndole características casi divinizadoras que ubicaban a Trujillo como artífice y demiurgo de una nueva república construida sobre las ruinas de la vieja ciudad colonial. La reconstrucción estuvo circunscrita a la capital, pero el aparato ideológico del régimen le otorgó además visos de empresa nacional para convertirla en espacio imaginado de la nueva nación (Mateo, 1993, p.118). La reconstrucción como base del mito, tendrá su manifestación espacial en la ciudad de Santo Domingo, renombrada cuatro años después como ciudad Trujillo, reafirmando así la cualidad fundacional y la magnificación de un dictador que pretendía ocupar un sitio prominente en la historia del siglo XX.

La metrópoli-ciudad, siguiendo una tradición decimonónica, se contrapondría al campo que era el símbolo del atraso. El campo, la pampa, la selva, el indio, el gaucho tendrían en la ciudad su contraparte civilizadora en el discurso de los intelectuales de América Latina.

En República Dominicana también existió una tradición positivista que contraponía las dimensiones rural y urbana. Uno de sus exponentes fue José Ramón López, con *La alimentación y las razas*. Parte de este pensamiento fue tomado por los intelectuales al servicio del régimen para dar preexistencia y continuidad histórica a ese tipo de discurso sociohistórico.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, S. (2010). *Historia de la República Dominicana. Un siglo de literatura dominicana*, Doce Calle, y CSIC.
- Bustamante Escalona, F. (2012). *Santo Domingo literario del 2000: Lo exótico de lo abyecto. Éste que ves, engaño colorido: literaturas, cultu-*

- ras y sujetos alternos en América Latina. Barcelona: Icaria.
- Bustamante, F. (2014). *A ritmo desenfadado. Narrativas dominicanas del nuevo milenio*. Santiago: Cuarto Propio, Cielonaranja.
- Calatrava, J. (2010). (Ed.). *Arquitectura escrita*. Círculo de Bellas Artes.
- Canclini, N. (2003). *Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica*. ONU. <http://www.unesco.org/issj/rics153/canclinispa.htm>
- Canclini, N. (1997). *Imaginario urbano*. Universitaria de Buenos Aires.
- Cestero, Tulio Manuel. *Obras escogidas*. Novelas. Vol. XXXVI. Fundación Corripio, 2003.
- Colombi, B. (2006). La gesta del letrado (sobre Ángel Rama y La ciudad letrada). *Orbis tertius* 11.12.
- Chantada, A. (1998). *Del proceso de urbanización a la planificación urbana de Santo Domingo: la política urbana del gobierno del Dr. Balaguer, 1986-1992* (Núm. 21). Editora Universitaria –UASD.
- De Maeseneer, R. (2012) *Seis ensayos sobre narrativa dominicana contemporánea*. Col. del Banco Central de la República Dominicana volumen 162 (Núm. 55). Serie arte y literatura. Banco Central de la República Dominicana.
- Foucault, M. (1978). Espacios otros: utopías y heterotopías. *Carrer de la Ciutat*, 1978, (Núm. 1) <https://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2099/425/P005p.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- González, J. E. & Robbins, T. R. eds. (2018). *Urban Spaces in Contemporary Latin American Literature*. Springer.
- Gutiérrez, R. (2002). *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Guida Editori.
- Hernández, Rita Indiana. *La estrategia de Chochueca: novela*. Isla Negra Editores, 2003.
- Lindón, A. (2007). Diálogo con Néstor García Canclini ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad?. *Eure* 33.99: 89-99.
- Llarena, A. *Espacio, identidad y literatura en Hispanoamérica*. 2007.
- Mateo, A. L. (1993). *Mito y cultura en la era de Trujillo*. Librería La Trinitaria e Instituto del Libro.
- Mateo, A. L. (2002). Santo Domingo en la literatura. AA. VV., *Santo Domingo, elogio y memoria de la ciudad* 5.
- Mateo, A. L. (2004) *Mito y cultura en la era de Trujillo*. Santo Domingo: Manati.
- Mena, M. D. (2000) *Poética de Santo Domingo*. Ediciones en el Jardín de las delicias,
- Mena, M. D. (2013). Ciudades revisadas: La literatura pos-insular dominicana 1998-2011. *Revista Iberoamericana* (79.243) 349-370.
- Mena, M. D. (2007). Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo 1498-1521. *Experiencia fundacional del Nuevo Mundo* (Vol. 30). Archivo General de la Nación.
- Mena, M. D. (2019). *Lecturas de Santo Domingo*. Cielonaranja.
- Mena, M. D. (2013). *René del risco Bermúdez: lo dominicano, la modernidad*. Cielonaranja.
- Morris, A. (1994). *History of urban form before the industrial revolution*. Prentice Hall.
- Morris, A. (1994). *History of urban form: prehistory to the Renaissance*. Prentice Hall.
- Mumford, L. (1938). *The culture of cities*. Harcourt, Brace & Co.
- Pike, B. (1981). *The image of the city in modern literature*. Princeton University Press,
- Pimentel, L. (2001). *El espacio en la ficción, ficciones espaciales: la representación del espacio en los textos narrativos*. Siglo XXI.
- Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Ed. del Norte.
- Romero, J. y Romero, L. (2001) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, Madrid and Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Rovira, J. C. (2005). *Ciudad y literatura en América Latina*. Vol. 30. Editorial Síntesis.
- Salcedo, J. S.(1996) *Urbanismo hispano-americano: siglos XVI, XVII y XVIII: el modelo urbano aplicado a la América española, su génesis y su desarrollo teórico y práctico*. Vol. 2. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Arquitectura y Diseño, 1996.
- Sanz Lajara, J. M. (1949). *Caonex*. Americalee,
- Timmer, N. (2013). Ciudad y escritura. Imaginario de la ciudad latinoamericana a las puertas del siglo XXI. Leiden University Press.
- Simmel, G. (2002). The metropolis and mental life'in G. Bridge and S. Watson. *The Blackwell City Reader*. 11-19.
- Stoopen, M. (2003). Reseña de Luz Aurora Pimentel. El espacio en la ficción. *Anuario de Letras Modernas*, 11, 332-336.
- Veloz Maggiolo, M. (2002). *Santo Domingo en la novela dominicana*. Santo Domingo: Comisión Permanente de la Feria del Libro.